



## **Relación de la Inundación que hizo el río Mapocho de la ciudad de Santiago de Chile**

**Tadea de San Joaquín**

En el monasterio de Carmelitas,  
titular de SAN RAFAEL,  
el día 16 de junio de 1783.

Escrita en verso octosílabo por una religiosa  
del mismo monasterio, que la remitió a su confesor,  
que se hallaba ausente, de cuyas manos la hubo un dependiente  
de la Autora, quien la da a la estampa.

Romance

¡Qué confuso laberinto,

Qué Babilonia de afectos,

Qué océano de congojas,

Qué torrente de tormentos,

Combaten mi corazón,

Queriendo sea mi pecho

Nueva palestra de penas,

De martirios teatro nuevo,

Al relacionar el caso

¡Más lastimoso y más tierno,

Que en el asunto menciona

En sus anales el tiempo!

Mas debiendo obedecer,

Que es indispensable hacerlo;

Y así, dad, cielos, valor,

Dadme voces, santo cielo,

Para narrar un asunto,

En que desfallece el eco,

En que en trémulos suspiros,

Agonizando el aliento,

Respira sólo pesares,

Anima sólo tormento.

Pero si expresando penas,

Se minora el sentimiento

Por la ajena compasión,

Que en parte lo hace más lento,

Os impartiré noticia

Con legal razonamiento,

De lo que Dios permitió

Sucediese en mi convento

Día diez y seis de junio,

De ochenta y tres, que violento

El aire rompiendo montes

Con altivo movimiento,

Con armados huracanes,

Mostraba que en un momento

Desquiciaba de sus ejes

El globo, y más desatento,

Presentó al cielo batalla,

Y viniendo a rompimiento,

En mutua lid disputaban,

Con recíproco ardimiento,

Por cuál de los dos quedaba

El campo del vencimiento:

Por fin quedaron triunfantes,

Las nubes, y huyendo el viento,

quedaron con altivez,

Satisfaciendo su intento.

Parecía que Neptuno

Dejando su antiguo puesto,

Se difundía en las nubes,

Sin mirar en su respeto,

Y liquidando los mares,

Juzgó, que del firmamento

Llover océanos hizo

Para nuestro sentimiento,  
Pues de este modo se hacía,  
Más caudaloso y violento,  
El gran Mapocho, que corre  
A la frente del convento,  
El cual compitiendo ya,  
Con rápido movimiento,  
Con Euros, y Manzanares,  
Y al Nilo aun llevando resto,  
Su sonido era aterrante  
Al más impávido aliento;  
¿Qué temor no causaría,  
En quienes sabían de cierto  
Que se hallaban indefensas,  
Cercadas del elemento?  
La mañana así pasamos,

Sin saber el detrimento,  
Que ya causaban las aguas  
En la muralla y cimientos,  
Porque nada nos decían,  
Atendiendo al sentimiento,  
Que era regular tener  
En riesgo tan manifiesto.  
A la una y media del día,  
Con más que causal intento,  
Subieron dos a la torre,  
Y al correr la vista, es cierto,  
Que cubrió sus corazones  
Mortal desfallecimiento,  
Viendo que el río arrancaba,  
Los tajamares de asiento;  
Y con ímpetu batía  
Sin defensa en el convento.

Se encontró para el arbitrio

Sin margen el pensamiento,

Y tocando las campanas

A plegaria con intento

De que nos favoreciesen,

No se veía movimiento,

De que hacerlo procurasen,

Pues estaban muy de asiento

En el puente y la ribera

Con pávido desaliento,

Más de cinco mil personas,

Que con clamor y lamento,

Causaban más confusión,

Que alivio a nuestro tormento.

Mas haciendo la plegaria,

Al llegar un caballero

No pudo contener brioso,

O compasivo su pecho,

Y sin poderlo estorbar,

Las que improbaban su intento,

Se votó fogoso a la agua

Con riego tan manifiesto,

Que todos los circunstantes

Lo vociferaban muerto:

Más dándole paso franco

El amor, o el buen deseo,

Pudo tomar nuestra orilla

Sin el menor detrimento,

Y con grande vigilancia

Hizo picasen de presto

Unos cuartos que a la diestra

Hacían calle al convento,

En que represaba el agua:

Pero cayendo con esto,

Tomó rápida corriente

Con menor peligro nuestro.

El toque de las campanas

Sirvió, para que al momento

Diez, que enfermas en las camas

Y algunas con crecimientos

De calenturas, se hallaban,

Tuvieran conocimiento

Del inminente peligro,

En que se veía el convento.

El susto sólo les fue,

Activo medicamento,

Para recuperar fuerzas,

Y corroborar aliento,

Y tomando sus vestidos,

Para ponerse a cubierto,

Enderezaron su pasos

Con trémulo movimiento

Al coro, donde esperaban

Fuese su fallecimiento.

Allí sólo se escuchaba,

En murmullo descompuesto,

Suspiros, llantos, clamores,

Con profundo rendimiento,

A que se verificase

En todo el alto decreto.

Sólo dábamos las quejas

Al divino Sacramento,

De permitir se atreviese

Aquel turbido elemento,

A inundar su templo santo,

Sin atención, y respeto

A la inmunidad sagrada,

Debida a su acatamiento:

Difundíamos el alma,

Como el agua, a nuestro dueño

Deseando ser por su amor

Holocaustos de su fuego,

Antes que fuesen las vidas

De la inundación trofeo.

Mas aquel Dios de piedades,

A favorecer propenso,

Que puso a Isaac en el monte,

Por probar su rendimiento,

Y sin descargar el golpe,

Le fue el sacrificio acepto,

Ordenó que sobornados

Tres hombre con el dinero,

Y también de compasivos,

No reparasen el riesgo,

Y arrojándose a las aguas,

Surcando mares de hielos,

Aportasen al compás;

Pero de allí se vieron prestos

Casi ahogados por las aguas,

Que recogida en centro

Mas de dos varas en alto

Estorbaban entrar dentro:

Y así su propio peligro

Industrió su entendimiento,

Para entrarse por el torno,

Y practicando el intento,

De allí los votó el impulso,

Que batía con extremo:

Por fin rompieron el torno,

Y con ímpetu violento

Les ayudó a entrar el agua,  
Y hallándose en salvamento,  
Discurrieron por los claustros  
Dando voces y diciendo,  
Que nuestro ilustre prelado,  
Nos imponía precepto,  
Y nos mandaba salir  
Sin excusa ni pretexto.  
Salimos todas al coro,  
Al oír el intimamiento,  
Mas sin corazón salimos,  
Porque se quedó en su centro.  
Avistamos nuestros claustros,  
Que hechos lagunas de cieno  
No daban margen alguno,  
Para transitar sin riesgo.  
Enderezamos los pasos

Hacia la huerta, creyendo,

Que su mucha elevación

Favoreciese el intento;

Pero también encontramos,

Inundado aquel terreno,

Pues no cesaban las aguas,

De descuadernar el cielo,

Viendo en este estado el caso,

Y que entreteniendo el tiempo

Se acercaba más la noche,

Y el peligro iba en aumento:

Arbitraron taladrar

La muralla, con intento,

De que huyendo por allí

Tomásemos mejor puesto.

Ejecutose al instante

El discreto pensamiento,

Pero con la precisión,

Fue el taladro tan pequeño,

Que al salir, más que aceituna,

Se nos aprensaba el cuerpo.

No sacamos con nosotros,

Mas que a nuestro dulce Dueño,

Que pendiente de la cruz

Nos daba a sufrir ejemplo.

Apenas salimos fuera,

Cuando ya nuestro convento

Lo robaban sin reparo,

Y con tal atrevimiento,

Que no podrá reponerse

Lo perdido en mucho tiempo;

Pero es lo menos sensible,

Comparándolo al tormento

Que toleramos al ver

El gentío tan atento,

Cuando en brazos de los peones

Nos transportaban sin tiento:

Y a unas las tomaba mal,

Y a otras echaban al suelo,

Y algunas bien embarradas,

Eran de la risa objeto.

De este modo nos pasaron,

Con tumultuoso ardimiento,

A una quinta que contigua

Se hallaba más del convento.

Allí estuvimos un rato,

Pero era con igual riesgo,

Porque las altivas olas

Estremecían el suelo.

En este breve intervalo

Atravesó nuestro pecho

Nueva saeta de dolor,

Que rompiendo el sufrimiento,

Hizo liquidar el alma

En un raudal tan violento,

Que pudo quizá igualar

Al expresado elemento,

Por ver que ya la Custodia

Con ligero movimiento

La llevaba un sacerdote

Sin otro acompañamiento,

Que pocas luces que hallaron

Con milagroso portento,

Ardiendo sobre las aguas,

Que (respetando el intento,

Con que fueron encendidas,

Cuando en nuestro encerramiento

Clamábamos a la Madre

De piedad, por valimiento)

Se estaban en el blandón,

Sin ceder al movimiento,

Con que batían las olas:

Y siguiendo el barlovento

De la venerable imagen,

A quien el fiel elemento

Llevaba sobre su faz

Con pasmoso rendimiento,

Al entrar el sacerdote

Le salieron al encuentro,

Para servir en el culto

Del divino Sacramento.

El que acometió a la empresa

Llevado de ardiente celo,

De sacar a la Deidad

Antes que corriese riesgo,

Fue un hijo de S. Francisco,

Religioso recoleto,

Que con la agua a la cintura,

Y por las rejas rompiendo,

Sacó Custodia, y viril,

Y las llevó a su convento:

Propia acción de tales padres

Que en todo acontecimiento

De piedad y devoción

No miran su detrimento,

Y que quedará grabada

En indecible en nuestro pecho,

Para perpetua memoria,

Y tierno agradecimiento.

Y volviendo a la estación

Donde estábamos cuando esto,

Se determinó dejarla,

Y buscar seguro puesto,

Clamando al Señor nos diese

Gran paciencia y sufrimiento

Para seguir un certamen

De tanto padecimiento.

Mas, el Padre de piedades,

Que siempre acredita el serlo,

Determinaba clemente,

Minorar el desconsuelo

Y prevenir el alivio,

A proporción del tormento.

Se vio este verificado,

Pues estando en el aprieto,

De no hallar situación fija,

Llegó luego un mensajero

De parte del padre prior

De la observancia, diciendo

Que teníamos muy pronto

Su magnífico convento,

Y con grande corsetería,

Igual a su entendimiento,

Fue en persona por nosotros,

Llevando para el intento,

El carruaje necesario,

Que pudo aprontar más presto.

Seguimos nuestra derrota

Con más esforzado aliento,

Al ver que Dios nos franqueaba

Aquel Moisés verdadero,

Que sin temor a las ondas

Las dominaba el primero,

Abriendo segunda senda,

Como el otro en el Bermejo.

Mas, no faltaron desgracias

Si acaso pudieron serlo

Los trabajos de los justos:

Mas, quiero decir en esto,

Que se continuó el crisol,

Y pruebas de nuestro dueño;

Pues como el llover seguía,

Era indispensable efecto,

Que los carros se calasen

De aguas de cielo, y de suelo,

Y penetrasen agudas

A las de su furia, objeto

Que a no informarlas amor,

Se transformasen en hielo.

A más de esto se quebraban

Los carros por el gran peso,

Siendo preciso acuñarlos

En medio del elemento.

Otras que en cabalgaduras

Venían, traían de lleno

Toda la inclemencia, y otras

Más penoso aditamento

De la lobreguez privando

De tino aun al más experto;

Y si algunos compasivos

Daban luz en tal aprieto,

Se espantaban los caballos

Y ponían en más riesgo.

En fin, entre esta borrasca,

Llegamos al feliz puerto

De la casa de Belén:

Llamose así este convento,  
De hijos de Santo Domingo,  
Donde guardan lo perfecto  
Y puro de su instinto  
Con prontitud y desvelo;  
Y como fuimos entrando  
A este retrato del cielo  
Conocimos lo habitaban  
Ángeles en térreo cuerpo;  
Que con grande prontitud  
Al imperio de un sólo eco  
Y a veces a una mirada  
Servían al pensamiento.  
Nos dieron tal hospedaje,  
Que el más cabal desempeño  
Será omitirlo la pluma,  
Y remitirlo al silencio,

Pues si explanarlo pensara,  
Haciendo narración de esto,  
En mayor golfo se viera  
Náufrago mi entendimiento,  
Que en el que se halló mi vida,  
Cuando lo estaba mi cuerpo;  
Mas omitir no podré  
Y todo lo diré en esto,  
Que el prelado de esta casa  
Es el más cabal sujeto  
Que han producido las Indias,  
Y en este acontecimiento  
Se ha excedido él a sí mismo,  
Porque ha echado todo el resto  
Y ha hecho Fr. Sebastián Díaz,  
Lo que él sólo hubiera hecho.  
Nos pusieron en un claustro

Separado largo trecho,

De los que ellos habitaban:

Y aunque no era nada estrecho

Tenía sólo trece celdas.

De que hecho el repartimiento

En oficinas precisas,

Quedaron sólo de resto

Nueve para veinte y ocho,

Que éramos en surtimiento,

Entre monjas y criadas:

Siendo menester por esto,

Acompañarse de a cuatro,

Y cinco en cada aposento.

Empezamos a buscar

Modos de secar de presto

La ropa, porque pegada

Las más traían al cuerpo;

Excepto algunas que quiso

Dio, favorecer en esto,

Pues ni aun en las alpargatas

Recibieron detrimento;

Pero a otras les fue preciso,

El andar por algún tiempo,

Con zapatos de los padres,

Hasta que fueron haciendo.

Se estableció la observancia

Con puntualidad y arreglo,

Tocándose campanilla

A oración, coro y silencio,

Refectorio y demás actos,

Y todos a su hora y tiempo.

La clausura la causamos,

Haciendo el adagio cierto

De ser en cuatro paredes

Víctimas del sufrimiento.

Allí nos decían misa,

En oratorio bien puesto,

Y en día de comunión,

Consagraba el prior para esto;

Mas, nos quedaba el dolor,

De no tenerlo allí expuesto,

Para hallar con su presencia

Mayor consuelo y aliento.

Mas, así lo disponía

El artífice más diestro,

Para pulir a las almas,

Quitando el sensible afecto,

Y como había privado

De lo acomodado al cuerpo,

Acrisolar el espíritu,

De aquello menos perfecto;

Y para hacerlo mejor,

Y lograr más bien su intento,

Quiso darnos nueva mano,

Con enfermarnos de nuevo,

Y muy pocas se exceptuaron,

De no estarlo en este tiempo,

Y vino a coronar su obra

Una criada muriendo.

Aquí pasamos tres meses,

Gastándose mucho tiempo,

En componer unos claustros

En forma de monasterio;

Cuya composición hecha,

Nos pasó el prelado luego,

Donde nos hallamos ahora

Con comodidad y aseo.

En tres claustros bien labrados

Con muy delicioso huerto

Oficinas necesarias,

Y sobre todo el recreo

Del coro con su capilla,

Que aunque esto es algo pequeño,

Encierra la Majestad

Que contiene todo el cielo.

Aquí estamos asistidas

De los padres, cuyo celo

Atiende a lo espiritual,

Y temporal con desvelo,

Sin dispensar su cuidado

Lo ínfimo ni lo supremo,

Porque el lince de su prior

Se hace Argos en nuestro obsequio,

Pues su grande caridad,

Y su magnánimo genio,

Lo hacen ejecutar ahora,

Lo que ejecutó primero:

Y juzgo que sin mudanza

Siempre seguirá lo mismo,

Pues hombres de su estatura,

Lo acaban todo perfecto.

Explanar el grande estrago,

Que hizo el río en mi convento

Fuera detenerme mucho;

Mas, no siendo ese mi intento,

Diré sólo lo inundó

Todo, y parte botó al suelo.

Lo restante se está ahora,

Con firmeza componiendo,

Para mudarnos allá

Y edificarlo de nuevo,

Retirando el edificio,

Cuanto se pueda hacia adentro,

Y murallarlo de cal

Y ladrillo, porque esto,

Dicen basta a preservarnos

Y ponernos a cubierto.

El Señor lo determine

Si es su voluntad hacerlo,

Y de no se cumpla en todo

Su beneplácito eterno.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

